

Johnson, Cayetana H.: *Historia antigua del pueblo hebreo*, Editorial Síntesis, Madrid, 2020, 214 pp., ISBN: 978-84-9171-437-8.
Schipper, Bernd U.: *Breve historia del antiguo Israel*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2021, 158 pp. (trad. José Manuel Lozano-Gotor), ISBN: 978-84-301-2082-6 (ed. orig., *Geschichte Israels in der Antike*, Verlag C. H. Beck, München, 2018).

Fernando Bermejo Rubio¹ & Diego Corral Varela²
DOI: <https://doi.org/10.5944/etfii.35.2022.34095>

Un imperativo elemental del historiador es el aquilatado discernimiento entre realidad y ficción. Tal empresa resulta tanto más necesaria cuanto más haya sido imbuido el discurso de elementos legendarios, algo que ha sucedido con la historia del antiguo Israel, que demasiado a menudo no ha hecho sino parafrasear el texto bíblico. La necesidad de introducir el escalpelo de la crítica obliga a restringir el entusiasmo inicial suscitado por el hecho de que, en años consecutivos, hayan visto la luz en castellano dos introducciones a la historia del antiguo Israel (o «del pueblo hebreo»), algo que *prima facie* habría de considerarse muy positivo. Como veremos, no es necesario siquiera establecer una –tal vez odiosa, pero elocuente– comparación entre el valioso libro de Schipper y el de Johnson para evidenciar las deficiencias de este último.

La *Historia antigua del pueblo hebreo* de Cayetana H. Johnson, profesora en la Universidad San Dámaso, está dividida en ocho capítulos. El primero («1. En los comienzos»: pp. 9-22) contiene una introducción al Próximo Oriente Antiguo centrada en los polos egipcio y mesopotámico. Le siguen tres capítulos titulados: «2. La historia de Canaán» (pp. 23-57), «3. Sociedad y economía en Canaán» (pp. 59-73) y «4. La religión cananea» (pp. 75-85). Los cuatro restantes se centran específicamente en Israel: «5. La construcción del pueblo de Israel» (pp. 87-132), «6. La religión de Israel» (pp. 133-150), «7. El judaísmo helenístico» (pp. 151-176) y «8. Roma y el Imperio» (pp. 177-193). A ello se suma un epílogo (pp. 195-197), una cronología que honestamente se dice está hecha «(s)egún la Biblia» (pp. 199-201) –y cuya utilidad es, por ende, fácilmente ponderable–, una selección de textos comentados (pp. 203-212) y una breve bibliografía (pp. 213-214). En el texto se intercalan algunos mapas y fotografías sin color.

Digámoslo sin dilación: el libro de Johnson ha sido escrito ignorando –si consciente o inconscientemente, quién podría decirlo– toda la investigación

1. Universidad Nacional de Educación a Distancia. C. e.: fbermejo@geo.uned.es
2. Universidad de Salamanca. C. e.: diego.corral@usal.es

crítica realizada desde mediados de los años 70 del siglo XX, que ha desmontado la historicidad de gran parte de la imagen legendaria del «antiguo Israel» transmitida en los escritos bíblicos y supuestamente referida a la Edad del Hierro (las narraciones sobre los patriarcas, la figura de Moisés, el éxodo de Egipto, la conquista de la tierra prometida, el período de los jueces...), desvelándola como una etnogénesis ideologizada. Obras fundamentales en esta profunda renovación historiográfica, como las de Thomas L. Thompson, John Van Seters, Philip R. Davies, Niels Peter Lemche, Keith W. Whitelam y Giovanni Garbini –en el ámbito hispanoamericano cabría citar a Emanuel Pfoh–, así como las de los más moderados Lester Grabbe, Mario Liverani, Israel Finkelstein y William G. Dever, son omitidas. De hecho, en la brevísima bibliografía que cierra el volumen lo que destaca no es la exigua cantidad, sino su carácter desfasado, que además se oculta al lector –quien, por ejemplo, no es informado de que las fechas de publicación originales de las historias de Israel de John Bright y Martin Noth son, respectivamente, 1959 y 1950–. Ya el hecho de obviar los cambios e innovaciones producidos en el estudio de la historia del antiguo Israel en el último medio siglo bastaría para poner en cuestión la utilidad de la síntesis ofrecida.

Conviene aclarar, no obstante, que la obsolescencia bibliográfica es solo uno de los muchos problemas de este libro, y ni siquiera el más grave, pues el casi siempre inverosímil discurso de la autora no es achacable a estudios previos. El capítulo 5º, el más extenso, es poco más que una paráfrasis del texto bíblico, con el agravante de que, de forma intermitente, la autora se esfuerza en postular la historicidad del núcleo de lo que narra, sea el ciclo patriarcal (de Isaac se afirma en la p. 94 que «no hay razón alguna para tratar su historia como una irrealidad literaria»), las figuras de los jueces, las –legendarias– doce tribus o los orígenes de la monarquía. En el sinnúmero de disparates y afirmaciones sin base que se hallan en estas páginas cabe destacar las dedicadas a David, con panegíricos que difícilmente evitan la (auto)parodia: «Pocos hombres en la historia del mundo han tenido tanto carisma como David» (p. 125) o «Es innegable que era el ídolo de sus contemporáneos y que el poder de su personalidad magnética era irresistible. No era un hombre perfecto, como se puede leer en el relato bíblico, que, con el respeto por la verdad, no ha escondido ni suavizado sus propias faltas y debilidades. Fuera de prejuicios, su naturaleza era, en esencia, noble y estaba animado y guiado por la verdadera piedad y una genuina fe en Dios» (p. 126). Nos ahorramos piadosamente cualquier comentario.

Si bien la ausencia de sentido histórico de la autora, que se revela por doquier, produce un profundo descorazonamiento, habrá de admitirse que no raramente resulta cómica: «Cuando los hijos de Israel se asientan en las proximidades del río Jordán, se estima que era primavera, por la abundancia de aguas de su caudal originadas por el deshielo del monte Hermón» (p. 48). Refiriéndose a Jericó, sostiene: «Quizás esta debilidad de las murallas fuera aprovechada por los israelitas para derribarlas al toque de las trompetas» (p. 51). Al hablar de la destrucción de

la Hazor mencionada en el libro de Josué, Johnson revela tanto su preciso conocimiento de la climatología palestina como su envidiable sentido de la causalidad histórica: «Se sabe que el incendio llegó a altas temperaturas porque quienes asaltaron Hazor lo hicieron por la tarde, momento en el que en esa zona de la Galilea se produce una fuerte corriente de viento que fue aprovechado para avivar el fuego» (p. 53). De nuevo, los textos hablan por sí solos.

Que el sentido histórico-crítico brille por su ausencia es algo que va a la par con una penosa falta de rigor. La imprecisión y la vaguedad campan a sus anchas, como cuando la autora alude a las fuentes escritas extrabíblicas genéricamente como «documentos de escritura cuneiforme» (p. 18) o cuando se afirma que «el comienzo de Israel como nación data de tiempos egipcios» (p. 113), como si esto equivaliese de algún modo a una datación cabal. En ocasiones, la imprecisión va acompañada de un patético pseudolirismo: «La Edad del Bronce languidecía dejando paso a la Edad de Hierro, quizás una metáfora profética de los tiempos que iban a venir» (p. 48). La escritura de ciertos nombres no sigue las formas consagradas en castellano, como «Snefrú» en lugar de «Esnefru» o «Laban» en lugar de «Labán» y a menudo depende del inglés. La incoherencia se trasluce en la mezcla indiscriminada de grafías, a veces incluso en el mismo párrafo y de forma errónea: «Leah» y «Lea» (p. 107) se usan en lugar del consagrado «Lía»; en la p. 121 aparecen «Gedeón» y «Gideón». La ausencia de homogeneidad se traslada también a las transcripciones de nombres hebreos; baste un solo ejemplo: en la misma página (p. 147) encontramos *parojet* (פְּרוֹיֶת) y *heikal* (הֵיכָל), donde *j* y *k* representan el mismo sonido (no sería descabellado pensar que en parte esta variabilidad responde, en última instancia, al uso de fuentes secundarias en otros idiomas, principalmente en inglés: *heikal* < *heykhal*, *Maneto* (p. 16) < *Manetho*). A ello hay que sumar no pocas erratas a lo largo de todo el libro, con cuya enumeración no aburrirémos al lector, y que no dicen nada bueno ni de su autora ni de la editorial en la que ha publicado la obra.

En estas circunstancias, resulta demasiado evidente que no cabe esperar de Johnson la sofisticación consistente en informar a sus lectores del carácter disputado de muchas cuestiones relativas a los orígenes de Israel o a su religión. Por referirnos tan solo a un aspecto de esta última, cuando Johnson enumera divinidades «cananeas», se incluye a «Moloch [...] conocido sobre todo en la Biblia hebrea como la deidad a la que se le ofrecieron sacrificios de niños» (p. 81). Ahora bien, desde que Otto Eissfeldt publicara su trabajo sobre el tema (*Molk als Opferbegriff im Punischen und Hebräischen, und das Ende des Gottes Moloch*, Halle, Niemeyer, 1935), son cada vez menos los especialistas que defienden la existencia de una divinidad *Molok* y sí que lo que reflejan las fuentes hebreas y fenicias es un tipo de sacrificio. A modo de síntesis sobre el estado de la cuestión, lo cual no implica que el autor no secunde la interpretación como un tipo de sacrificio, véase R. M. Kerr, «In search of the historical Moloch», en R. M. Kerr, R. Millier,

Ph. C. Schmitz (eds.) «*His Word Soars Above Him*» *Biblical and North-West Semitic Studies Presented to Professor Charles R. Krahmalkov*, Ann Arbor, 2017, pp. 59-80; además de por su exhaustivo estudio lingüístico, el texto de Kerr es notable por apuntar directamente que la defensa de una divinidad Moloḳ suele estar teológicamente dirigida. Incluir su tratamiento sin al menos un aviso al lector es ignorar casi cien años de estudios.

Otra característica del discurso de Johnson es su explícito carácter confesional, patente de múltiples maneras y que tiende a devenir en un acientífico excepcionalismo: «Los hebreos fueron guiados por la revelación de una divinidad que se fue manifestando a lo largo de la historia» (p. 113). Así se muestra también desde la primera página del capítulo 6º, dedicado a «La religión de Israel», la cual al parecer estaría «fundada en poderosos actos de Dios» (p. 133); este protagonismo divino se traduce gramaticalmente: el sujeto explícito más frecuente a lo largo del libro es «Dios», especialmente en el mencionado capítulo. Un ulterior aspecto de la confesionalidad es el hecho de que, en un libro dedicado al Israel antiguo, se inmiscuyan –sin venir a cuento– referencias a Jesús de Nazaret y al cristianismo (véanse v. gr. pp. 24, 32-33, 191), algunas simplemente legendarias («el joven hijo del carpintero y albañil José dio de comer a la multitud con panes y peces que no cesaban de multiplicarse»). Además, el hecho de que las citas bíblicas acostumbren a depender de *La Biblia de las Américas*, una de las versiones evangélicas más extendidas –aunque en ningún momento Johnson siente la necesidad de mencionar el origen de las traducciones usadas–, hace que el *tetragrammaton* sea traducido a lo largo de toda la obra, salvo en algunos apartados directamente dedicados al culto a Yahvé (pp. 136-146), como «el SEÑOR» o «el SEÑOR» (no existe homogeneidad), uso que, huelga decir, no debería encontrar lugar en una colección académica. De forma anacrónica –y poco respetuosa con el rigor–, la autora utiliza la expresión «Antiguo Testamento», indeleblemente confesional, como cuando se refiere a «la traducción al griego del Antiguo Testamento» (p. 91).

Sin paliativos posibles, señalar cada uno de los errores, equívocos, falsedades o irrelevancias de este libro supondría en la práctica nada menos que escribir una nueva historia de Israel en la Antigüedad, lo cual no es nuestra intención, y, por tanto se comprenderá que esta reseña sea forzosamente parcial. Dado el desmañado conjunto, no siempre es fácil distinguir los errores de las erratas. Por ejemplo, cuando, al mencionar a los hicsos, cuya hegemonía en Egipto se sitúa en el Segundo Período Intermedio, se lee que «El historiador egipcio Maneto (vivió entre los reinados de Ptolomeo I y II en Alejandría, siglos IV-III a.C.), testigo de los hechos, hace una descripción en su *Aegyptiaca*» (p. 16), se da a entender que un autor helenístico como Manetón pudo ser testigo de hechos ocurridos más de un milenio antes, lo cual deja entrever el grado de revisión al que el texto ha sido sometido.

Si bien el libro de Johnson está veteado de numerosos pasajes, a menudo anecdóticos, sobre la historia de las expediciones arqueológicas –quién sabe si para intentar

dotarlo de una pátina de científicidad-, estos pasajes rompen el hilo de la exposición (cuando es posible discernir tal hilo) sin aportar realmente nada al desarrollo.

El que la colección de Síntesis «Temas de Historia Antigua» incluya al final una selección de textos comentados podría haber sido un notable punto a favor del libro de Johnson, pero de nuevo hallamos una oportunidad malograda. De entrada y reconociendo la dificultad que pueda existir en el proceso de selección, el criterio que subyace a la preferencia por estos extractos se nos escapa. Valgan como ejemplos el primero y el último. La antología se abre con Gen 12,1-5, un pasaje estrictamente narrativo no solo sin un mínimo atisbo de verosimilitud histórica, sino también magro en referencias útiles para el conjunto del libro, más allá de la mención de Harán y Canaán. El cierre de la selección de textos es, si cabe, más sorprendente: que de la compleja historia grecorromana se destaque únicamente la descripción del funeral de Herodes el Grande que hace Josefo es apenas comprensible. Con todo, estas opciones tan marginales podrían llegar a verse justificadas en los comentarios. No es, de nuevo, el caso. Por continuar con los ejemplos previos, el primer texto se resuelve con un párrafo mínimo en el que encuentra cabida una referencia vaga a los textos de Mari y se sostiene con desenvoltura que la ciudad de Nahur es nombrada así «posiblemente en honor a Nahor, abuelo de Abraham». Si en este primer comentario reaparece uno de los problemas más serios del libro, esto es, la servil credulidad con respecto al relato bíblico como fuente histórica, en el segundo aflora una vez más otro: tras una referencia rápida al origen del Herodión, que se menciona de pasada al final del texto de Josefo, la autora coloca un párrafo sobre las sucesivas excavaciones que desde mediados del siglo XX se han ocupado del Herodión, sin ningún tipo de información estrictamente arqueológica o relevante sobre el complejo, y que concluye con la insufrible tendencia de Johnson a la anécdota, en este caso el accidente que causó la muerte de uno de los directores de la excavación. No solo los comentarios muestran una relación extremadamente laxa con su texto correspondiente, sino que, en general, la información que ofrecen es apenas relevante.

El libro de Bernd U. Schipper (catedrático en la Universidad Humboldt, Berlín) ha visto la luz en castellano con posterioridad al de Johnson, pero su redacción original es anterior (*Geschichte Israels in der Antike*, 2018). Fue publicado por la editorial alemana C.H. Beck, donde comparte colección con otras breves introducciones a pueblos o temas de la historia antigua como *Die Assyrer* (2015) de E. Cancik-Kirschbaum o *Die Phönizier* (2008) de M. Sommer. El dato no es irrelevante: el libro de Schipper busca insertar la historia de Israel en el marco del Próximo Oriente Antiguo, como una entidad más, renunciando forzosamente a cualquier forma de excepcionalismo, objetivo que logra con creces.

Tras una interesante y pertinente «Introducción» (pp. 9-15), el cuerpo del libro se estructura en cinco capítulos con una motivación histórica y cronológica: «1. Orígenes e historia primitiva de Israel (1208-926/925 a.C.)» (pp. 17-41), «2. Israel y Judá hasta la conquista de Samaría (926/925-722/720 a.C.)» (pp. 43-66), «3. El reino

de Judá hasta la conquista de Jerusalén en el año 587/596 a.C.» (pp. 67-86), «4. La época persa (550-333 a.C.)» (pp. 87-111) y «5. La época helenística (333-63 a.C.)» (pp. 113-141). Sigue una breve bibliografía (pp. 143-145) en la que tras el desarrollo de algunas abreviaturas y algunas obras generales (todas en alemán), se ofrecen algunas referencias básicas para cada capítulo. A continuación, se encuentra una sintética pero útil tabla cronológica comparada de los hechos más relevantes en la esfera egipcia, palestinese y mesopotámica (pp. 146-147) y otra con la cronología absoluta de las épocas arqueológicas (p. 148). El índice (pp.149-152) no es exhaustivo en el caso de los topónimos, aunque en el de los «nombres», mayoritariamente antropónimos, se ha incluido algún otro término relevante, como *hapiru* o *shasu*. En conjunto, es una herramienta detallada dada la extensión del libro, y cumple su objetivo de facilitar la consulta. Finalmente, aparecen cuatro mapas que abarcan desde el Próximo Oriente Antiguo hasta la ciudad de Jerusalén (pp. 153-156) y un índice con los capítulos y sus subapartados (pp. 157-158). A ello cabe añadir que a lo largo del cuerpo del libro aparecen algunas ilustraciones en blanco y negro (pp. 50, 122 y 128).

Como puede observarse, y al igual que el libro de Johnson, el de Schipper abarca un período de tiempo amplio, que supera el milenio. Un rasgo destacado que privilegia esta obra como herramienta didáctica es que al final de cada uno de estos capítulos figura un apartado de «síntesis» en el que se resume el contenido en unas dos páginas. Con la evidente precaución contra una simplificación excesiva, lo cierto es que un lector que solo tomase en consideración estos cinco apartados lograría formarse una imagen bastante cabal de la historia de Israel durante más de mil años, lo cual es sin lugar a dudas un logro considerable.

Atinadamente, Schipper toma con cierto escepticismo la identidad de los *hapiru* y/o los *shasu* con los primeros pobladores de Israel (pp. 17-19), cuestión que ha generado, y presumiblemente generará, más literatura de la que probablemente permiten las fuentes (cf. v. gr. A. E. Killebrew, «Hybridity, *Hapiru*, and the Archaeology of Ethnicity in Second Millennium BCE Western Asia», en J. McInerney (ed.), *A Companion to Ethnicity in the Ancient Mediterranean*, Chichester, Wiley Blackwell, 2014, pp. 142-157). El autor reconoce con claridad el enfoque teologizante de la Torá y de los llamados «libros históricos» (p. 14), por lo que su uso es limitado y la reconstrucción que presenta se sustenta en gran medida en los hallazgos arqueológicos. Ello hace que, en muchos casos, el relato bíblico quede invertido. Por ejemplo, parece claro no solo que el «reino de David» quedó limitado a Jerusalén y su zona de influencia (p. 35), y jamás extendió su control hacia la región norte (con lo que la llamada monarquía unitaria se revela como un dato legendario), sino que la correlación de fuerzas durante el primer cuarto del I milenio a. e. c. parece haber sido justamente la contraria: la zona norte, preeminente, solo permitiría el florecimiento de Judá (p. 43), en el sur, después de que Sargón II pusiera fin a su campaña contra Samaría en el 720 a. e. c. (p. 63). De manera similar, Schipper muestra bajo una luz mucho más positiva el reinado de Manasés (696-642 a. e. c.;

pp. 72-76), que es sistemáticamente denostado en las fuentes bíblicas, mientras que los períodos de Ezequías y Josías se revelan más bien irrelevantes –cuando no calamitosos– para el reino de Judá.

Otro de los méritos de Schipper consiste en la amplia atención que presta a las épocas persa y helenística, fundamentales en la constitución de la identidad judía y de sus Escrituras, así como para entender la existencia de una diversidad de comunidades, lejos del presunto monolitismo transmitido por los textos bíblicos; de este modo, el autor alemán otorga la importancia que se merece –y que con frecuencia ha sido soslayada o minimizada en la historiografía tradicional– a las comunidades de Egipto y de Samaría en este período, así como al templo de Elefantina y al existente en el monte Garizín, expresando con claridad que el yahwismo de Jerusalén no solo no era el único sino que durante una época ni siquiera fue tan importante como el vinculado al Garizín. Este rasgo permite detectar, *a contrario*, otro ejemplo de la completa falta de sentido histórico de Cayetana Johnson, cuya obra transita del tratamiento de la época monárquica a la helenística sin abordar la persa (algo tanto más incomprensible cuanto que sí dedica un capítulo a «Roma y el Imperio»).

Además de las fuentes arqueológicas, el autor se vale de varias fuentes escritas extrabíblicas que son referenciadas de acuerdo con el *HTAT* (M. Weippert, *Historisches Textbuch zum Alten Testament*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010). Esto, que sin duda es una ventaja para el lector original, queda algo deslucido en la versión castellana. Lo mismo se puede decir de la inclusión en la bibliografía de múltiples entradas del *Wissenschaftliches Bibellexikon im Internet (WiBiLex)*,³ un diccionario enciclopédico en línea. Con todo, es digno de mención el esfuerzo que ha hecho el competente traductor por ofrecer, cuando existen, versiones en castellano de las obras referenciadas. La rotunda pero comprensible predominancia de libros en alemán no ha supuesto la ausencia de novedades relevantes, pues se incluye un libro de 2017, cuando *Geschichte Israels in der Antike* vio la luz en 2018. De hecho, casi todas las obras se han producido a lo largo de los últimos veinte años, predominando las publicadas desde el 2010 en adelante, lo cual garantiza, salvo un repentino cambio de paradigma, no solo que se trata de una síntesis actualizada, sino que verosíblemente va a ser provechosa durante un tiempo.

Se detectan unas pocas erratas en esta traducción, empezando por el índice de contenido (p. 7), donde erróneamente se señala el comienzo del capítulo tercero en la p. 158 en lugar de en la 67; p. 85: «Confío» por «Confió»; pp. 88-89: «tabillas» por «tablillas»; p. 92: «asentimientos» por «asentamientos»; p. 97: las fechas de la rebelión de Inaro son 464-454, no 464-545); p. 101: «medas» por «medos»; en la p. 134 falta el sustantivo «conversiones» en «se produjeron forzosas al judaísmo».

3. Aunque la dirección ofrecida en el libro sigue siendo operativa, WiBiLex está alojado en: <https://www.bibelwissenschaft.de/wibilex/>

Otras conciernen a la puntuación: «fenicia, Además» (p. 54), o «el hijo mayor de la regente. Juan Hircano II,» (p. 134). Un caso particular concierne a la transcripción de algunos nombres hebreos en los que evidentemente subyace la forma alemana: sin ánimo de exhaustividad, a veces el *yod* aparece como *j* cuando lo habitual es que lo haga como *y* («El Eljon», p. 24, «*jršlm*» p. 120 o «*Jhw*», p. 128); en otro caso, el *het* aparece con el dígrafo *ch* («*ha-yachad*», p. 135) mientras que la transcripción predominante en el libro es *h*. Tomadas en conjunto, no son demasiadas.

La cercanía tanto en el tiempo como en la temática de ambos libros hace imposible abstenerse de compararlos, siempre en detrimento del de Johnson. Pese a lo que pudiera parecer al efectuar este cotejo, *Breve historia del Antiguo Israel* no es ni el resultado de una investigación original ni presenta una reconstrucción disruptiva. De hecho, las líneas principales son comunes a uno de los grandes bestsellers de la divulgación arqueológica sobre el Israel de la Antigüedad, *La Biblia desenterrada*, de I. Finkelstein y N. A. Silberman, que a su vez, y pese a cierto revuelo en su recepción, tampoco contenía tesis particularmente novedosas entre los especialistas. En realidad, la brillantez de la obra de Schipper no estriba en formular nuevas propuestas, sino en su habilidad para sintetizar los avances producidos en las últimas décadas en la comunidad científica, basados en una interpretación coherente de los hallazgos arqueológicos.

La conjunción de ambos libros genera un efecto curioso: pareciera que Schipper escribe contra Johnson. El que el primero se trate de la traducción de un original publicado en 2018 deshace tal ilusión, pero no sus consecuencias. De este modo, la existencia de la obra de Johnson no resulta más incomprensible –pues se puede entender muy bien de dónde nace, qué pretende y adónde llega–, pero sí mucho menos justificable. Con sus mínimos defectos, la aparición de *Breve historia del Antiguo Israel* de Bernd Schipper en este momento ha sido francamente afortunada, ya que esta síntesis crítica, informativa e inteligente permitirá paliar el daño intelectual que el libro de Johnson está destinado a causar en el ámbito castellanoparlante.